



## REDACCIÓN

CALLE DEL TUTOR, NÚMERO 41

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



## PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTÉ PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 peseta  
                  { Trimestre..... 2,50  
                  { Año..... 10

## FUNDADOR

EDUARDO SOJO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un Trimestre..... 3 pesetas  
                      { Semestre..... 6  
                      { Año..... 12

## CANTARES POLÍTICOS

En Cuba siempre triunfamos  
mas la guerra no se acaba.  
—Pleitos tengas y los ganes,  
como dijo la gitana.

El gobierno ha de tardar  
en hacer las elecciones.  
¡Necesita mucho ensayo  
una farsa tan enorme!

Dice Bosch, de la grave  
cuestión del vino:  
—Más me gusta beberlo  
que discutirlo.

Ha habido un nuevo naufragio,  
y ha dicho á Sagasta el b zzo:  
—Ni siquiera á mala sombra  
me gana usted, amigo mío.

Beránger mató á Peral  
á desdenes y disgustos.  
¡Para los conservadores  
qué satisfacción, qué orgullo!

Dirá el mónstruo en el momento  
que las elecciones haga:  
—Ya puedo representar,  
porque ya tengo comparsas,

Ayer la Diputación  
le dijo al Ayuntamiento:  
—También hago yo chanchullos,  
porque no quiero ser menos.

Cuando se muera Sagasta  
y Cánovas del Castillo,  
va á decir la monarquía:  
—¡Quién me saca de este lío!

## LO QUE SE VE CON UN ANTEOJO

Hallabame, pues, aquella mañana en la tal Bateria, viendo con el antejo á las lindas malagueñas que se creían más solas y menos observadas en sus gabinetes, patios ó azoteas, y saludando á mis amigos con tal ó cual toque de corneta, cuando, en un momento de descanso, distinguí á la simple vista... allá, en la orilla del Guadalmedina, junto á una solitaria torre... un numeroso grupo de gente, en medio de la cual brillaban algunas armas.

Puse hacia allá la dirección del antejo, y vi un gran cuadro de tropa, fuera del cual se agitaba mucha gente.

¿Qué era aquello?

He de advertir que, merced al antejo, distinguía yo hasta las caras de aquella muchedumbre como si las viese á dos pasos de distancia.

Estaba, pues, en medio del gentío treandolo con la mano...

De pronto ví salir de la ciudad y caminar hacia aquel sitio una hilera de Niños... de la Providencia, como dicen allá.

Iban con sus saquitos negros, con su melancólica postura, con su triste condición en la frente.

¿Qué representaban allí aquellos parias de la humanidad?

Llegaron al fin, y penetraron en el cuadro, donde quedaron inmóviles, con las manos cruzadas...

Una punzante idea fija bajó de mi cabeza á mi corazón...

¡Las oraciones y las armas solo van unidas delante ó detrás de la muerte!

El día se iba ennegreciendo á mis ojos.

Poco después entró un hombre en el cuadro de tropa.

Iban á fusilar á alguien.

Espectáculo nuevo para mí, que sólo había visto dar garrote cuantas veces había podido.

Hace cuatro años, emprendí un viaje expresamente por ver una ejecución.

¡Qué quereis! Yo gozo en eso.

Me gusta ver á la sociedad entera, representada por el clero, la magistratura, el ejército y la muchedumbre popular, reunir sus fuerzas—mandando, no prohibiendo, consintiendo y no protestando—para matar á un hombre, sólo, inerme, atado, enfermo, suplicante...

Me gusta, sobre todo, considerar allí varias cosas.

Y cuando muere el protagonista, cuando cae el telón, me gusta también escuchar este grito, que sale,

ó parece que salía, de la boca de todos aquellos millares de verdugos: ¡ALELUYAL

¡La sociedad se ha salvado!

Mientras que cada corazón va murmurando sordamente:

—¿Qué hemos hecho?

A lo que responde la conciencia:

—¡Dios lo sabel.

Y contesta la naturaleza:

—¡Algo muy horrible!

\*\*\*

Algunos minutos después salió de la ciudad y dirigióse hacia el cuadro, entre otra masa de gente, el expresado fúnebre cortejo.

Companiono un hombre que llevaba un estandarte morado, diez ó doce guardias civiles, unas veinte personas vestidas de frac (hermanos de la Paz y Caridad, sin duda), cuatro clérigos y un soldado raso.

Un soldado (yo lo veía entonces por detrás) de mediana estatura, enjuto de carnes, con el hueso occipital estrecho y alto (señal de estupidez), el pelo lacio, negro, lustroso, las orejas pequeñas y muy encarnadas y el cuello delgado, moreno, erguido, amaratado por la fiebre.

Vestía el tosco capote de soldado de infantería; pero suelto, desceñido... innoble y una gorrilla de cuartel cubría su cabeza.

Aquel degradante negligé era espantoso.

Llevaba atadas las manos, cruzadas sobre la espalda...

\*\*\*

Retiré el antejo con ira.

El espectáculo se desvaneció como un sueño.

Allá percibiase una mancha negra sobre el campo...

Parecía la sombra de una nubecilla, y, en realidad, era un hormiguero humano.

He aquí todo.

Calmóse súbitamente mi indignación.

El horror que iba á verificarse parecíame, desde tan lejos, un juego de niños, una danza de muñecos movidos por resortes, una lucha de insectos sobre la superficie de un lago.

¡Oh, sí!... ¡Cuán mezquino, cuán insignificante era todo lo que había visto, todo lo que iba a ver, comparado con el sol, con el mar, con el cielo, con aquellos tres grandes reflejos de Dios que embelesaban mi alma!

Entonces exclamé como si pudiera ser oído por la distante muchedumbre.

—¡Miserables! ¿Qué vais á hacer? ¿Qué entendeis vosotros de fuerza, de justicia ni de leyes?

Cogí de nuevo el antejo, y en un momento me hallé otra vez dentro del cuadro del suplicio.

El reo, entregado ya á los sacerdotes, marchaba atónito por el centro del cuadro.

De vez en cuando alzaba la cabeza y miraba la luz, el día, el sol, el cielo...

Aquello, hecho maquinalmente, significaba sed de libertad.

Luego, parándose, miraba á su alrededor.

¡Estoy seguro que veía mil millones de hombres y de bayonetas!

Entonces los clérigos le presentaban un crucifijo y el reo andaba.

Veía esto, veía á la víctima caminar con paso firme, resuelto, decidido... ¡Estaba ansiosa de entrar en aquella otra vida que le ofrecían, vida donde ya no sería juguete de tantos lobos sanguinarios, vida en que no había capitanes, ni soldados, ni fusiles, ni nada de lo que había caído sobre él como una montaña de plomo.

El reo se arrodilló á los pies del sacerdote, y empezó la confesión...

—¡Reo, acúsate de que eres hombre y que vives entre los hombres!

Era joven, había regularidad en su semblante, tenía la barba crecida, los ojos vagos, la tez cárdena y lustrosa.

Atarónlo, y no se resistió... Ni tembló siquiera.

Sin duda estaba ya imbecil.

Le vendaron los ojos...

¡Ay!... quedaban pocos minutos.

El lo sabía... y no botó sobre el patíbulo; y no dió un grito espantoso; y no exclamó, reventando: «¡mi vida! ¡mi vida!»

¡El, un hombre tosco, sin reflexión, sin ideas, sin capacidad para el heroísmo, sin condiciones de martir.

Cuatro compañeros de aquel hombre atado, vendido, inmóvil, agonizante y lleno al mismo tiempo de vida, de robustez y de salud...; cuatro carabineros, cuatro amigos suyos tal vez, se destacaron de una fila, avanzando al centro con paso acelerado, alevoso, maldito, y se pararon enfrente del condenado.

Este debió oír preparar... debió oír la voz de mando...

Los cuatro soldados se echaron las carabinas á la cara...

Pero en esto se enturbiaron los cristales del antejo... y no vi más.

¡Acaso eran mis ojos los que se enturbiaban.



# DON QUIJOTE



*En el paseo del Botánico.— Pues, ya ves, esperando á mis amigos ; Como ahora se pone de moda el recibir al aire libre.....*



*DON FERNANDO PRIMO DE RIVERA  
Comandante en jefe del primer cuerpo  
de ejército.*



*DON PRIMITIVO CLAVIJO.  
Capitan de Infanteria. Autor del atentado  
contra el general Primo de Rivera.*



*ATENTADO CONTRA EL GENERAL PRIMO DE RIVERA.*



Levanteme á impulsos de un rapto de ira; me golpeé la frente con las manos y miré al sitio fatal... Allí estaba el hormiguero. Encima de él oscilaba un poco de humo... Era lo único que se distinguía á la simple vista. La Naturalza continuaba, entre tanto, esplendorosa, risueña, y palpitante bajo las caricias del sol, como una mujer enamorada...

El mar, el campo, la atmósfera, todo había permanecido indiferente ante la ridícula soberbia del hombre.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

## HUERTA-ALAY

### LA CORTE DEL REY BIZCO

Es de noche... y lunes. La escena representa una sala de un espléndido hotel, por los balcones de la derecha se vé un hermoso jardín con grandes estufas y por los de la izquierda una ancha calle por donde pasa el tranvía.

#### ESCENA PRIMERA

El rey bizco.—La archi-reina.—Morcellín (ó gran Canciller).—Multitud de calabazas vestidas de frac.

#### CORO DE ADULADORES

Tu eres archi-reina, tu eres archi-hermosa, tu eres archi-sabia y archi-salerosa. No existe en España más poder que tú; y eres elocuente aunque digas *mú*.

LA ARCHI REINA. Con esta pequeña corte paso días muy felices. ¿No es verdad sabio consorte?

EL REY BIZCO. Verdad, pues que tu lo dices.

LA ARCHI REINA. Es mi vida placentera: mando y rijo mis estados. A todos tengo asombrados y oigo aplausos por doquiera.

MORCELLÍN. Es verdad; yo lo repito.

ARCHI-REINA. (Muy escanada). No me hables de pit's ahora.

MORCELLÍN. (Confuso). Retiro el pito, señora.

EL REY BIZCO. ¡Ay de aquel que nombre un pit!

#### CORO DE ADULADORES

Tu eres archi-abia, y archi-poderosa, y archi-diplomática y archi-salerosa. Aquí ni pitillos se deben fumar, y al que saque un pito le vamos á ahorcar.

ARCHI REINA. En la estación estival á San Sebastián iré. Oye, esposo; dispón que me toquen la marcha real.

MORCELLÍN. ¡Señora! (Asombrado).

ARCHI REINA. ¿Qué?

MORCELLÍN. Se opondrán...

ARCHI REINA. Las... del piso primero...

ARCHI REINA. Pues que me la toquen quiero.

EL REY BIZCO. Bueno; te la tocarán.

ARCHI REINA. Veré la escuadra española con honores especiales.

ARCHI REINA. Que vengan diez generales para llevarme la cola.

#### CORO DE ADULADORES

Tu eres archi-reina y archi-emperadora,

más que archi-papisa y casi archi-diosa.

Para ti ya es poco la marcha real;

la marcha peseta te deben tocar.

ARCHI-REINA. Abrigo para después sroyectos muy soberanos; en lugar de un besa mancs voy á dar un besa pies. Me gastaré diez millones.

MORCELLÍN. Tiene usted gustos asiáticos.

ARCHI-REINA. Y vendrán los diplomáticos á besarme los tazonos.

MORCELLÍN. Y ¿i alguno no quisiera venir?

ARCHI REINA. Le daré un ducado,

una encomienda, un condado ó cualquiera otra friolera.

#### CORO DE ADULADORES

Tu eres archi-reina,

y archi-colosal,

y archi-sapientísima, y archi-celestial.

Y en vez de caballos

debi ras tener

para tus carruajes

reyes de alquiler.

UN CRIADO. ¡Señor, señor! ¡¡Ahí están!!

EL REY BIZCO. ¿Quién?

EL REY BIZCO. ¡Las turbas!

EL REY BIZCO. ¡Vive Dios!

EL REY BIZCO. ¡Gaitán!

EL REY BIZCO. Soldaditos á Cos.

EL REY BIZCO. Ya no muere.

EL REY BIZCO. Pues, al can.

EL REY BIZCO. ¡Señor, el perro se fué con Silvela!

ARCHI REINA. ¡Es horroroso!

MORCELLÍN. El pueblo ruje furioso.

EL REY BIZCO. ¡Qué ideal! ¡Que hable Fab.él

MORCELLÍN. Ya la la. Mirad, lentamente,

mientras *maya* el orador,

el pueblo cede al sopor

y duerme profundamente.

#### CORO GENERAL

Tu eres archi-sabia

y archi-poderosa,

archi-diplomática

y archi-salerosa.

Mientras duerme el pueblo

ó muere en la guerra

ante ti y el bizco

se postra la tierra.

AURELIANO GIL.

## Notas artísticas



DESHEREDADOS.—Dibujo de Parera.

## DECLARACIÓN DEL CAPITAN CLAVIJO

—El hecho que he llevado á cabo, no tiene justificación. Yo no pretendo justificarlo. Pero sé que voy á morir, que esta será la última vez que pueda hablar públicamente, y para rescargo de mi conciencia tengo que decir las causas que me impulsaron á matar al general Primo de Rivera.

Desde el año 85 he sido víctima de una serie de injusticias y vejaciones que me han traído á este sitio.

He sufrido en ese tiempo, y cada dos meses, siete traslados á siete reservas distintas; y cuando he acudido á la superioridad en queja, no me ha escuchado. Se me ha traído y se me ha llevado desde la Península á la isla de Cuba, y desde la isla de Cuba á la Península, sin razón alguna, sin explicación siquiera, y las consecuencias de estos traslados fueron terribles. Llegué á estar dieciocho meses sin cobrar una sola paga, porque como eran los traslados tan rápidos, yo viajaba de un punto á otro antes de que los habilitados de los cuerpos tuvieran órdenes para pagarme. Mi situación llegó á ser desesperada. He pasado siete días sin comer, he estado muchos días sin zapatos, sin calcetines y sin otro traje que un pantalón de dril y una chaquetilla, que por caridad me entregó el oficial encargado del almacén.

He acudido á todo el mundo explicando mis amarguras

y pidiendo remedio. En un solo día llegué á escribir siete solicitudes, y las siete han quedado sin contestación. Primero solicitaba respetuosamente; después, viendo la indiferencia de mis superiores, ¿qué lenguaje había de emplear en mis escritos?

En una de esas comunicaciones decía al capitán general. «El hambre no tiene espera, y yo llevo, oficialmente, dieciocho meses sin comer, porque ese tiempo hace que no me pagan.»

Por mis sufrimientos llegué á hacer dudar de mi razón, y los médicos me tuvieron en observación en los hospitales de Santiago de Cuba y de l. Habana. Estaba entonces más cuerdo que ahora, por más que llegué á creer si efectivamente sería un loco, viendo que mis aficciones no tenían consuelo y que todos los medios que empleaba eran contraproducentes.

No se ha quebrantado mi naturaleza por falta de golpes, sino porque es fuerte.

El general Primo de Rivera fué quien decretó mis primeros traslados; quien me llevó de un punto á otro, sin razón, con ensañamiento, ordenando confidencialmente á todos los jefes que habían de recibirme, cada vez que se me cambiaba de destino, que no tuvieran conmigo consideración ninguna; que me *reventaran*.

Varias veces tuve la idea de matarle; me lo han oído infinidad de personas. Otras veces pensé en el suicidio, y en el castillo del Morro de la Habana, hubiese puesto fin á mis días á poderlo realizar; pero ni tenedor me daban para comer: no tenía medios á mi alcance.

Perseguido por esta idea, lo mismo estando libre que estando preso, la he rechazado en muchísimas ocasiones, hasta el punto de no llevar ni tener junto á mí armas de ninguna clase.

Pero cada vez que me sobrevénia una nueva desdicha y me acordaba de todas las que he sufrido, visitaba mi revólver y lo acariciaba como á un objeto querido, porque él había de ser, mas tarde ó más temprano, quien pusiera término á todos mis sufrimientos.

En mi declaración del sumario, he hablado de una *cocotte* que había influido en mis traslados. Puedo añadir que he tenido en mi poder una carta del general Primo de Rivera, dirigida á Mad. Clemencia Parsons, diciéndole: «Se ha hecho el traslado que usted deseaba.» Y este traslado era el mío.

## LOS VITICULTORES

Es el último esfuerzo, la esperanza postrera, algo así como un lamento con entonaciones de amenaza. Castilla primero, después Aragón y Navarra, y Valencia y Cataluña, y todas las regiones de España, que lanzan el mismo grito arrancado por idéntico sufrimiento. Es el malestar general que se manifiesta al desnudo, en esos *meetings* de viticultores y que exige ser escuchado, porque tiene derecho á ser atendido.

Concluidos todos los medios de existencia, agotados todos los recursos, los viticultores no se conforman con la muerte y demandan remedio para sus males. No se les puede acusar de impacientes. Empobrecido por las contribuciones enormes de los dispendiosos gobiernos de la restauración, sin mercado para la producción de cereales, combatidos aquí, en su propia casa, por los extranjeros, que abaratan los géneros hasta hacer su precio inferior al coste de su producción, no se dejaron ganar por el abatimiento, y cambiaron los cultivos para hacer posible la resistencia. Los campos sembrados de cereales, fueron plantados de viñedos.

Falto de vino el mercado francés para atender á la necesidades del consumo, nuestros caldos encontraron fácil salida y remuneradora colocación. Pero la actividad francesa encontró medio de forzar su producción hasta superar el consumo y emanciparse del mercado español. Desde entonces nuestros vinos no tuvieron compradores. Las bodegas llenas de mosto; los viñedos en producción constante; viticultores y vinicultores imposibilitados de dar salida á sus caldos. Y ante este conflicto, gobiernos que prometen ocuparse en estudiar el problema y resolverlo cuando encuentren medio para ello, y que entre tanto demandan el pago íntegro de la contribución, de la contribución señalada en los días en que los vinos tenían mercado fácil y precio remunerador.

Este es el problema cuya solución inmediata han exigido los viticultores en los infinitos «meetings», celebrados en Castilla, Aragón, Navarra, Valencia y Cataluña.

Y ya no piden, amenazan; saben que la unión es fuerza, y se unen para defenderse. Quieren rendir al gobierno, y rendirlo por hambre.

Y conseguirán su propósito, á poco que se empeñen.

## NÚMERO EXTRAORDINARIO

Al fin hemos puesto á la venta el número extraordinario de *Don Quijote*, dedicado á socorrer á los hijos del infortunado dibujante Mariano Urrutia, muerto en el Hospital.

Han colaborado en la parte ilustrada la señorita Rosales y los Sres. Huertas, Alcázar Tejedor, Cilla, Saint-Auben, Marinas, Carcedo, Casas, Terán, Ruiz Guerrero, Pons y *Demócrito*.

La parte literaria está autorizada con las firmas de los señores Feliu Codina, Jacinto Octavio Picón, Tomás Lucero, Flores García, Mignel Ramos Carrión, Vital Aza, Catarienen, Riquelme, A. Sánchez Pérez, Emilio Palacio, Torromé, Rafael Solís, Ernesto García Ladevese, Larrubiern, Estremera (su poesía póstuma), Gil Parrado, Rodao, Jakson Veyan y Sawa.

PRECIO DEL NÚMERO: 20 CÉNTIMOS

Diego Pacheco, impresor.—Plaza del Dos de Mayo, 5.